ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón muy lujoso en casa de don Juan. En el fondo una puerta bastante grande que da al comedor; está cerrada durante todo el acto, hasta la escena final. A un lado y otro de la puerta del comedor, dos puertas menores; por la puerta de la derecha se viene de la calle, por la otra se va al interior de la casa. Al costado de la izquierda, chimenea, puerta, balcón ó cristales de un invernadero ó lo que dé aspecto más elegante á la escena Al costado de le derecha, otra puerta, que también conduce á las habitaciones interiores. En primer término, mesitas, sofá, butacas, etc., etc Es de noche; muchas luces.

ESCENA PRIMERA

DON JENARO, que entra por el fondo izquierda, y DON JUAN

Juan — Hola, don Jenaro.

Jen — Felices, don Juan-

Juan — Pues me alegro muchisímo, que se anticipe usted á los demas invitados, porque así tendremos tiempo para hablar con todo desahogo. Pero siéntese, siéntese. (Se *sientan los dos.*) ¡Válgame Dios, don Jenaro!

Jen — A todos nos valga, y dígame de qué se trata.

Juan — Se trata de que esa chica me tiene loco.

Jen — ¿Pues qué hizo la pobre?

Juan — Enamorarse.

Jen — Cuente, cuente, que la afición á historias de amoríos no se pierde nunca.

Juan — Es que ya pica en historia la de sus amores. Sin rodeos: está loca por Roberto, pero loca. Yo creo que si no la casamos se nos muere.

Jen — *Siempre de broma.*) Pues la casamos.

Juan — Sí, casarla.

Jen — (*Con recelo y ansiedad.*) ¿No le gusta á usted el novio?

Juan — No es eso. La boda me agrada.

Jen — Pues, ¿quién se opone?

Juán — Se opone toda mi familia, y Mauricio, qúe me da unas jaquecas tremendas.

Jen — Pero usted, don Juan, es el amo de su casa y el padre de su hija.

Juan — ¡Claro está! Y no hago maldito el caso de mis parientes en general, y de mi noble sobrinito en particular. Allá, allá le tiene usted, (*Señalando hacia dentro.*) apurando á Eugenia con toda su finura. Mauricio es terco como un demonio.

Jen — ¿Pero qué dicen sus nobles parientes?

Jnau — ¡Qué sé yo! Que no se sabe quién es Roberto, ni quiénes fueron sus padres, ni de dónde viene. Que me estoy comprometiendo y que estoy comprometiendo á Eugenia. Se empeñó la chica en que diéramos esta comida en honor de Roberto y de sus triunfos parlamentarios, y cuando la chica se empeña en una cosa.. es como su madre. Bueno, pues cedí. ¡Nunca hubiera cedido! ¡Qué cruzada contra Roberto!

Jen — Pero, ¿por qué? (*Impaciente.*)

Juau — Repiten, claro está, de buena fe, todos los insultos, todas las calumnias que propalan contra Roberto dos ó tres periodiquillos.

Jen — (*Levantándose con indignación.*) ¡Son calumnias infames!

Juan — (*Le obliga á sentarse.*) Ya lo he dicho yo; no se altere. Roberto es un hombre honrado. ¿Que su origen es humilde? ¿Y qué? Yo soy noble porque lo fueron mis padres Sus hijos lo serán, porque lo es él.

Jen — (*Dándole la mano.*) Muy bien, don Juan. Es usted un hombre de corazón y un caballero.

Juan ¡Caballero! Eso si. ¡Pues no faltaba más! Conque fuesen ciertas la centésima parte de las paparruchas que inventan contra Roberto, antes de que pusiera los pies en mis salones ya le habría plantado mi portero en la calle. ¡Y corazón!.. También lo tengo; y grande. Que lo diga esa muñeca.

Jen Está bien, está perfectamente; pero, entonces, ¿qué dificultad hay para la boda?

Juan Que Roberto no dice una palabra. Esta semana no se separa de nosotros, y á la siguiente no le vemos. Vuelve con mas furia y huye con más despego. ¿Comprende usted? Y mi Eugenia se vuelve loca. ¡Y eso sí que no lo consiento! Al vado ó á la puente. Que se decida. ¡Que hable, señor! Hablando se entienden las personas. Porque yo ne sé qué hacer. Es tan violento decirle á ese hohbre: «No vuelva usted más á mi casa.» Es tan ridiculo decirle: «¿Se casa usted, ó no?» Vamos, que yo no sirvo para hacer el papel de mamá casamentera ó de futura suegra ¿Tengo razón, don Jenaro?

Jen Tiene usted razón, don Juan. A esta situación hay que ponerle término Hoy mismo hablaré á Roberto, y le hablaré al alma.

Juan No sabe usted cuánto se lo agradezco.

Jen ¡Por Dios, don Juan!

Juau ¿Conque hoy mismo?

Jen Hoy mismo.

Juan Ya tenemos aquí á Mauricio. Acabó con Eugenia y empieza conmigo El es muy fino, señor; pero de plomo; un lingote de Linares educado en París.

ESCENA II

DON JENARO, DON JUAN Y MANRICIO

Juan Mala cara traes. ¿Has reñido con Eugenia?

Maur ¡Por Dios! ¡Reñir yo con Eugenia! Es que no quiere oirme. Figúrese cómo estaría un orador á quien el público impusiera silencio; puea así estoy yo, En cuanto empiezo, me dice Eugenia con su vocecita de ángel: «Mauricio, si no calla usted, me voy á mi cuarto y me encierro.» Conque tuve que dejarla, pidiéndole mil perdones.

Juan Le dirias cosas desagradables.

Maur Desagradables para Roberto.

Juan ¡Ya!

Maur Pero usted podrá juzgar por sí mismo, porque todo lo que no le dije á Eugenia, porque no quiso oirme, se lo voy á decir á usted, si usted se digna atenderme.

Juan Me voy con Eugenia.

Maur Dispense usted, don Jenaro; y le rogaria á usted que se quedase. A no ser que le cause á usted excesiva molestia oir lo que voy á exponer respetuosamente á don Juan.

en ¿Estoy directamente interesado en ello?

Maur Directamente, no; indirectamente, mucho. Voy á recordar algo poco favorable al señor de Pedrosa. El no está aquí para hacerme cara, y puede usted sustituirle con ventaja. Me propongo acusar, luego hace falta un defensor.

Jen Pues, sí señor, me quedo.

Juan ¿De qué se trata?

Maur Mi querido don Juan, está usted comprometiéndose, comprometiendo á Eugenia y comprometiendo el buen nombre de toda nuestra familia.

Juan ¿Por qué?

Jen ¿Por qué?

Maur Porque usted, señor don Juan, hace ó consiente tales cosas, que todo el mundo supone que Eugenia se casa con Roberto; y hasta se afirma que esta comida es para la publicación oficial de la boda entre los amigos intimos. Ya ve usted si todo esto es desagradable.

Juan Si tan desagradable es, ¿por qué has venido?

Maur Psrque usted me dispensó el honor de invitarme.

Juan Quería que hiciese las paces con Roberto; como tuvisteis aquel disgustillo, y á mi no me agrada que nadie esté mal con nadie.. por eso..

Maur ¡Ah!.. ¡Si!.. Pues se arregló provisionalmente. Supe que Roberto, anticipándose á mis deseos, pensaba salir de Madrid por algún tiempo, y me pareció correc-

to no insistir en mis exigencias. Exigir á un hombre de corazón como Roberto, que haga una cosa que pensaba hacer, es hacerla imposible. ¡Oh!.. Yo conozco á los hombres, y respeto las prácticas sociales.

Juan — Bueno, bueno. Ya sabemos que eres muy correcto. (*Mauricio se inclina.*) Pero ¿qué es lo que tenías que decirme?

Maur — (*Con cierto asombro.*) ¿Pues no lo dije? Que usted no conoce los antecedentes de Roberto, ni de su familia, y que no conociéndolos, usted se compromete y compromete..

Juan — Sí, sí; ya hemos oído todo eso.

Maur — Dispense usted; pero como decía usted que no..

Jen — Pero, ¿qué tiene que ver la familia de Roberto, que ya no existe?..

Maur — Dispense usted, don Jenaro. Han ocurrido en el mundo casos muy raros. Un matrimonio, en que el esposo y la esposa son blancos y hasta rubios. Y de pronto; les nace un hijo negro como el carbón y con el pelo en virutas. Figúrense ustedes qué sorpresa. Es como si en un tazón de blanquísima leche, apareciese de pronto una gota de negrísima tinta. Qué efecto tan cómico y tan desasrroso, ¿verdad? Pues todo ello consiste en que en la raza hubo un negrazo como un demonio, y la Naturaleza ha tenido el capricho de dar un salto atrás y de plantarse en el centro del negrazo.

Juan — Extravagancias tuyas.

Jen — No comprendo el símil.

Maur — Lo explicaré. El símil quiere decir que no le haría maldita la gracia á don Juan, que uno de sus nietecillos saliese granuja, estafador, asesino ó presidiario, por virtud de un *salto atrás*, en la familia de Roberto. Por eso, por eso conviene conocer los antecedentes de esa familia, para evitar la gota de tinta en el tazón de leche.

Jen — Señor Vizconde: la familia de Roberto ha sido humilde, pero honradísima. Yo respondo de ella.

Maur — El fiador es digno de todo mi respeto.

Jen — ¡Y la historia de Roberto yo la contaré!

Maur — Y la oiremos con sumo interés. Precisamente es lo que

yo deseo: conocer la verdadera historia de don Roberto Pedrosa.

Juan — Cuente, cuente, don Jenaro. (*Se sientan todos.*)

Jen — Lo que voy á decir es la verdad. (*Don Juan y Mauricio se inclinan respetuosamente.*) Ha aquí la historia de Roberto:— Roberto, aunque de familia modesta, casi pobre, recibió una esmeradísima educación. Pero á los veintidós años no tenía padres, ni parientes, ni carrera, ni recursos. Al entrar en la vida, nadie le esperaba más qué la miseria con los brazos abiertos. Y hace doce años, que solo y sin un céntimo entraba en Madrid por el puente de Toledo.

Maur — «A la caída de la tarde por la puente toledana.» Eso es interesante. parece una novela de Fernández y González.

Jen — Pues sí, señor; así llegó y se quedó inmóvil, como estatua del puente, contemplando ante sí el Madrid desconocido y temeroso, y á sus pies el Manzanares.

Maur — No es lo mismo que entrar en Tebas por una calle de esfinges de granito

Jen — No es necesario ir á Tebas para encontrar esfinges.

Maur — Siga usted. Quedamos en que Roberto en pie y apoyado en el pretil del puente, contemplaba ante sí la coronada villa, y á sus plantas, los pintorescos lavaderos del Manzanares.

Jen — Sí, señor, sí. Yo he de decir toda la verdad por prosaica, por humilde, por triste que sea. ¿Saben ustedes lo que hizo Roberto, el pobre joven de veintidós años? Había hecho el viaje á pie: ¡Muchos días! Tenía hambre: ¡treinta horas sin comer! Y bajó á esos lavaderos que usted dice, y el pobre mozo consiguió que le tomasen por mozo del lavadero para bajar, y subir, y llevar la ropa. Ahí tienen ustedes: si esto es deshonra, que lo cuenten los periódicos.

Juan — Eso no se llama *deshonra*, se llama *trabajo*.

Maur — ¿Deshonra? ¡De ningún modo! ¿Los lavaderos? Tada una institución social. Después de la limpieza del alma no hay como la limpieza del cuerpo. El mozo de lavadero es todo un funcionario público, y alguno habrá menos limpio.

Jen — Pues así empezó Roberto. Y siguió trabajando, y siguió subiendo.

Maur — La cuesta de San Vicente es muy penosa.

Jen — Otras lo son más. ¿A qué molestar á ustedes? He empezado la historia de Roberto por el último escalón, por el más bajo. .

Maur — ¿Está usted seguro? ¿Está usted seguro que ese es el escalón más bajo de la historia de Roberto?

Jen — (*Algo desconcertado.*) Me parece

Juan — siga usted. Por lo que usted nos ha dicho, Roberto en nada desmerece á mis ojos. Adelante.

Jen — Y adelante fué. Luchó desesperadamente por entre las últimas capas sociales; pero á los seis meses era tenedor de libros en una casa de comercio y emprendía la carrera de leyes. Diez horas de estudio, otras ocho de trabajo, y en tres años fué licenciado.

Maur — ¿Licenciado. dice usted?

Jen — Sí, licenciado en Derecho.

Maur — Justamente. . Aquí aparece en la superficie don Roberto Pedrosa, joven sabio, abogado criminalista, olocuentísimo y empeñadisimo en que no se castigue á nadie, merced á no sé qué nuevas teorías. Señor, ¿qué interés tendrán las personas honradase en que no se castigue á los tunantes?

Jen — No es eso; usted todo lo confunde.

Maur — Tiene usted razón, don Jenaro: no es mi fuerte la diciplina científica.

Jen — Yo tampoco entiendo de estas cosas; pero, en fin, repito lo que dicé Roberto. Que la sociedad no es un Dios, que no puede penetrar en las conciencias; que no tiene derecho para poner un estigma en la frente; que no puede distinguir con claridad divina de justicia, lo que es el crimen, de lo que es fatalidad: que en suma, la sociedad no tiene más que un deber y un derecho. El *derecho* de defensai nutilizando los esfuerzos de los seres peligrosos; el deber de *corregir* y *regenerar* á esos mismos seres hasta donde sea posible. ¿Pero á qué enfrascarnos en cosas que no entendemos? Roberto ha sido un hombre honrado: Roberto es una altísima inteligencia: Roberto es una alma noble, esto es lo que yo digo.

Juan — Lo dice usted y lo prueba.

Jen — ¿Está usted satisfecho! ¿Completamente satisfecho?

Maur — Completamente. ¿Y tú? (A *Mauricio*.)

Maur — Dispénsenme ustedes; siento en el alma perturbar tan. exquisita armonía; pero á mi. . á mí, algo me falta Conocemos la *historia moderna* de Roberto, brillantísima, Hemos oído á don Jenaro, la historia que podríamos llamar de la *edad media* de Roberto: *honrosísima*, Pero ¿la historia antigua? ¡Ah! La historia antigua es oscurisima.

Jen — (A *don Juan.*) ¿Pero ve usted?

Juan — ¡Por Dios, Mauricio!

Maur — Me explicaré, si ustedes me lo permiten. Cuando con tan profunda emoción, don Jenaro nos pintaba á Roberto, misero, hambriento, y empolvado peregrino, apoyándose en el granitico pretil de la puente toledana, y contemplando los abanderados cañizos y cordeles de los clásicos lavaderos del sediento Manzanares, acudió á mi memoria por caprichoso contraste el célebre monólogo de Lady Macbeth. (*Dice esto con cierta afectación de elegancia.*

Jen — No le comprendo á usted

Maur — Va usted á comprenderme. Decía Lady Macbeth: «Here,s the smell of the bloo still: all the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.» Traducción libre: «Siempre huele á sangre, todos los perfumes de la Arabia no podrían asear esta mano, tan pequeña como és.»

Jen — ¿Y qué?

Maur — Que acaso Roberto pensase mirando desde el puente las jabonosas charcas del Manzanares. . y perdonen ustedes esta mezcla grotesca del romanticismo clásico con el naturalismo moderno.

Jen — Acabe usted.

Juan — Acaba, hombre.

Maur — Acaso pensase, que todas las blancas espumas del río, no bastarían para asear aquellas manos, que nerviosamente oprimían la piedra del pretil.

juan — ¡Mauricio!

jen — ¿Qué quiere usted decir?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Maur — Yo, por mi cuenta, nada. Repetia, lo qne pregonaba anoche un periódico completando la historia del gran estadista y del maravilloso orador.. ¿No lo ha leído usted? (A *don Juan.*)

Juan — No.

Manr — ¿Y usted? (A *don Jenaro.*)

Jen — Sí.

Maur — Pues dice esto. Brevemente, para concluir pronto, porque es de los asuntos que deben tratarse rápidamente y manejarse con guantes para arrojarlos después Don Julián Pedrosa, era un señor de sesenta años, cajero de una casa de banca de una de las Islas Baleares, hombre honrado y pundonoroso: historia limpia: su familia, su obligación y su trabajo.

Jen — Es verdad.

Maur — ¿Ve usted cómo ahora estamos conformes?

Juan — Sigue.

Maur — Don Julián tenía un hijo: Roberto Pedrosa. Juven vicioso, calavera, pendenciero, jugador..

Jen — ¡Es falso, es falso!

Maur — No siempre hemos de estar conformes.

Juan — Acaba.

Mauro — El hijo, asaltó la caja que habían confiado á la honradez de su padre, y tomó para sus vicios, ó sus deudas, una cantidad de importancia. Se supo: el pobre padre, loco de vergüenza, se levantó la tapa de los sesos: Roberto al fin confesó: sufrió condena, y si liquidó ante los jueces, no liquidó ante los hombres honrados. Estigma de ladrón, y casi de parricida, lleva en la frente. Cuando muera y caiga en su fosa, el dedo de Dios podrá borrarlo; pero como habrá tanta tierra encima, los hombres no sabrán nunca si la piedad divina borró la marca ó si ésta siguiò pegada al cuerpo hasta deshacerse con él. Una cosa así viene á decir el periódico,

Juan — ¡Don Jenaro! (*Volviéndose á don Jenaro, con notable alarma.*)

Jen — Soy un hombre honrado; soy un hombre de creencias religiosas; creo en la santidad del juramento; ¿estamos? Pues bien, como caballero afirmo, y como cristiano *juro*, que esa historia es falsa.. falsa.. absolutamente falsa.

Mauro — Puede usted jurar de buena fe, y sin embargo, equivocarse.

Jen — No me equivoco. ¡Falsedad! ¡infamia y calumnia!

Juan — No se altere usted. don Jenaro. Lo que usted dice. es para mí en lo humano, como en lo divino el Evangelio.

Jen — (*Por Maurício.*) Pero *ese* duda todavia.

Maur — No, señor, ya no dudo. Entre su juramento de usted y un papelucho, la elección no es dudosa. Por mi parte, ni una palabra más.

uan — (A *Maurício.*) Vamos adentro, que ya viene gente. Don Jenaro, cuando llegue Roberto.. ya sabe usted..

Jen — (*Que se ha dejado caer en un sillón.*) Sí, señor; sí, señor.

Juan — No esté usted ni preocupado ni triste.

Jen — No, señor; no, señor.

Juan — (*Marchándose por la derecha con Mauricio.*) Le has dado un mal rato, y me has dado un mal rato á mí.

Maur — Lo siento: pero había que explicarse.

Juan — Te salió mal la cuenta.

Maur — Al contrario. ¿Roberto es una persona digna y lo fué siempre? Tanto mejor. Así podré entenderme con él.

ESCENA III

DON JENARO sentado en una butaca con señales de gran abatimiento· ROBERTO, que viene de la calle por el fondo izqnierda

Jen — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Roberto! ¡El mundo se le viene encima! ¡Pobre Roberto! Pues más miedo le tengo á él, que á todos sus enemigos, envidiosos, husmeadores de infamias y trompeteros de escándalos. ¡Qué desgracia, Dios santo, qué desgracia!

Rob — ¿Qué ocurre, don Jenaro? ¿Que cara tiene usted? ¿Está usted de duelo?

Jen — ¿Y me lo preguntas con esa calma? No: si es *calma*

verdadera, me alegro. Que me alegro. Hijo mío, para las grandes desdichas, los grandes corazones. (*Levantándose y abrazándose á él.*)

Rob ¿Pero, por qué es todo eso? ¿Por lo que pregona el periódico? ¿Por el escándalo que se prepara? ¿Y qué?

Jen Te lo he dicho muchas veces, debiste cambiar de apellido, tomar el de tu madre.

Rob ¡Valiente cobardía y valiente indignidad! Mi nombre, es mi nombre. Soy el que he sido. Yo no paso en la sociedad, de contrabando. ¿Llevo en la frente un vergonzoso estigma? Pues no es cosa de que yo lo pregone: pero escamotearlo, tampoco.

Jen ¡Exageraciones, rematicismos! Nunca serás un hombre práctico.

Rob ¡Qué remedio! Cada uno es como es. ¿Se supo! Bueno; veremos lo que resulta.

Jen Tienes razón; ¿á tí qué te importa la opinión de nadie?

Rob No debía importarme, y me importa. ¡Miserias del ser humano! ¿Qué me importa á mí, dice usted bien, la opinión buena ó mala de Pedro, de Juan, de gente que no conozco, de este tunante, de aquel necio?.. Nada. Una multitud anónima á quien ni quiero, ni aborrezco, ni conozco, ni conoceré nunca. Pues se me impone, se me impone por su masa, por su fatalidad, por su vocerío. Y al pensar lo que pensará de mí esa multitud, que al fin y al cabo me es indiferente, algo me corre por el cuerpo con frialdad de hielo y de muerte. Es como si se me helase toda la atmósfera en que respiro, y quedase yo empotrado y prisionero en un bloque infinito de hielo.

Jen ¿No decías que estabas tranquilo?

Rob Relativamente lo estoy. ¿Vino la catástrofe? Pues me pasó el miedo. Y lo confieso; estos últimos años han sido de un miedo horrible Cobardía de criminal: como si lo fuera. Me pasaba noches enteras entre un sueño, que era fiebre, y una fiebre que era sueño, repitiendo á compás de la péndola del reloj: «¡si se sabrá! ¡Si no se sabrá!» «No.. sí.. no.. sí. » Me figuraba un péndulo enorme, que oscilaba entre mucha sombra y mucha luz: «ya sube á la luz: ya baja á la sombra: á la luz: á la sombra. No se sabrá: sí se sabrá; no.. sí.. no.. sí..» ¡Jesús, qué noches! ¡Dios mío, qué noches¡ Y ahora tranquilo· enteramente tranquilo. «Sí.. sí. sí.. pues sí.. se sabe.. Y bién, ¿qué?.. Aquí estoy.. A ver.. á ver.. vamos á ver.. ¿Qué? (*Cruzando los brazos con desesperada arrogancia.*) ¡Soy Roberto Pedrosa! . Aquel.. ¡El de la condena!.. el del estigma.. ¿Aquí está!.. ¡toda la frente me coge!.. ¡El estigma, el estigma!.. ¿Pero imbéciles, sepan ustedes que Dios ha besado aquí?»

Jen Sí, hijo mío, sí; es verdad. Si lo supieran..

Rob ¡Silencio! ¡Silencio! En cuanto yo lo dijese, el beso inefable se borraba y el primer payaso me ponía su mascarilla de farsante.

Jen ¿Válgame Dios, hijo mío! ¿Pero tú no piensas en Eugenia?

Rob ¿Que no pienso en ella!.. todas mis angustias se han reconcentrado en un solo punto: Eugenia: ¿Qué pensará de mí Eugenia? Tan buena, tan hermosa tan pura.. Y yo . yo. ¿qué voy á ser ante ella? Don Jenaro, ¿me despreciará Eugenia? (*Con suprema angustia.*)

Jen ¿Por qué ha de despreciarte?

Rob Porque debe depreciarme; porque así es el ser humano; porque así somos todos. Si yo me presentase ante ella convertido en un monstruo; si hubiese hecho algo horrible, pero muy grande; destruir muchas vidas, verter mucha sangre, posible es que todavía me quisiese. El miedo no excluye al amor. ¿Oh! La piel del tigre, ¡qué hermosa! La melena del león, ¿qué soberbia! Sus anchas zarpas, aunque traigan enganchados, girones de carne humana, ¡qué poderosas! Pero yo no me presento así ante ella; me presento empequeñecido, ruin, ridículo. ¿Unas manos que apenas tienen fuerza para abrir una caja y coger temblorosas unas cuantas monedas! ¿Una ganzúa, en vez de una zarpa! ¿Que grandeza! ¡Y luego la cárcel, y la sentencia y la condena, y hasta el perdón al cabo de dos años por mi buena conducta! ¿Cuándo han tenido buena conducta él tigre real ó el león africano? ¿Oh!¿ Lo mezquino, lo ruin, lo despreciable!.. Sí; me desprecia, me desprecia!